

8

PEREGRINOS COMO CLARET

Jueves, 16 de julio de 2020

Meditación de la tarde

Oración inicial

*Señor, así como el agua se junta
al vino en la Eucaristía,
así deseo unirme a Ti
y ofrecerte contigo
a la Santísima Trinidad. Amén.*

(Directorio Espiritual CMF, n. 5)

1. Petición al Señor

Señor, Tú sabes que somos peregrinos hacia Ti. Condujiste a Claret por caminos impensados y providenciales, de manera que al final él mismo reconocía que había cumplido su misión. Condúcenos también a nosotros de tu mano, aunque sea por caminos tal vez desconcertantes, pero junto a ti, siguiendo las huellas de Claret, no tenemos miedo en llevar a cabo la misión que Tú nos tienes confiada.

2. Puntos para la meditación

La celebración de los 150 años de la muerte de Claret es una oportunidad para meditar sobre nuestra vida como una peregrinación hacia Dios. El pensamiento fijo del *siempre, siempre, siempre...*, que le acompañó desde su más tierna infancia, no le impidió apreciar el tiempo presente como un camino hacia la eternidad.

2.1. Claret, peregrino que apreciaba el tiempo

Tal como acabamos de decir, lo que más preocupó a Claret fue siempre la eternidad (cf. Aut 8-10). Su vida apostólica consistió en verse a sí mismo como **un centinela de la eternidad ante Dios y ante los hermanos**. En primer lugar, se colocaba delante de Dios como centinela para que los hombres se acercaran a su Padre; así lo expresaba: “el fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos” (Aut 202). Se colocaba también como un escudo humano para impedir que los pecadores hirieran el corazón de su Padre (cf. Aut 203): “Si vierais a vuestro padre que le dan de palos y cuchilladas, ¿no correríais a defenderle?...” (Aut 204).

En segundo lugar, se colocaba delante de los hombres **como hermano y como madre**. Por un lado, quería evitarles la condenación eterna, pero sabía que eso le causaría cansancios e insultos; sin embargo, afirmaba: “no les puedo abandonar, son mis queridos hermanos...” (Aut 208). Por otro lado, sobre todo, quería orientarlos de forma positiva por el *camino recto y seguro* que los llevara

a la felicidad eterna: “Otro de los motivos que me impele en predicar y confesar es el deseo que tengo de hacer felices a mis prójimos...” (Aut 213).

Es curioso que la expresión **siempre, siempre, siempre...** (cf. Aut 8), en realidad, Claret la había leído en el libro *Bona nit*, en el cual el autor citaba a santa Teresa de Jesús. Efectivamente, en el *Libro de la Vida* cap. 1, n. 2, la Santa afirma que ella y su hermano gustaban de decir muchas veces *para siempre, siempre, siempre*. Ella como futura contemplativa lo aplicaba a su propia salvación; en cambio, en Claret se convertía en **aguijón que le impulsaba a preocuparse por la salvación de los demás**; tal como afirmó su primer biógrafo: “en algún modo puede decirse que fue apóstol antes de ser hombre” (F. AGUILAR, *Vida del E. I. D. Antonio María Claret...*, Madrid 1871, 15). Más adelante, cuando creía que Dios le llamaba a la Cartuja, en realidad se replegaba sobre su propia salvación; al fallar su intento de ir al cenobio de Montealegre, recuperó su vocación apostólica primigenia: “Desde que se me pasaron los deseos de ser cartujo, que Dios me había dado para arrancarme del mundo, pensé no solo en santificar mi alma, sino también discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos...” (Aut 113).

El deseo de la salvación de todos, le llevó a apreciar el tiempo como único camino para lograr esta meta, de allí **su obsesión por vivir intensamente cada momento de su vida apostólica**. Ya en 1843, cuando retomó la campaña misionera por toda Cataluña, hizo el siguiente

propósito: “Eficazmente propongo no perder nunca un instante de tiempo, sino que lo emplearé en la oración, en el estudio y en obras de caridad con los prójimos vivos y difuntos” (AEC, 653). De modo parecido, en los Ejercicios preparatorios a su consagración episcopal, en septiembre de 1850, escribió: “Propongo nunca perder un instante de tiempo: y así siempre estaré ocupado en el estudio, oración, administración de sacramentos, predicación, etc., etc.” (AEC, 662).

Al poco de llegar a Santiago de Cuba, predicó los Ejercicios Espirituales a los sacerdotes y aprovechó en hacer los suyos. Como fruto redactó unos propósitos muy escuetos que finalizó con una **distribución del tiempo muy detallada**: se levantaría a las 4; oraciones particulares y preparación para la Misa. A las 4:15, oración mental. A las 5, Misa y acción de gracias. A las 6, Sagrada Escritura. A las 8, desayuno, horas... A las 9, Teología Dogmática y Moral. A las 10, Disciplina, Cánones y Leyes. A las 11, a la Audiencia y Lenguas. De la 1 a las 3, comida y descanso. A las 3, Rezo y Ciencias naturales. Por la noche, oración y Mística. En los sábados y Vigilias por la tarde, preparación para el sermón (cf. *Propósitos de 1851*, en AEC, 665). **Una vez en Madrid**, en 1858, hizo una distribución parecida del tiempo (cf. AEC, 685).

Entre sus varios manuscritos sin fecha, hallamos una página dedicada a recoger una serie de frases sobre **el aprecio y uso del tiempo**: “No hay cosa más preciosa que el tiempo; pero ¡ay dolor, que hoy día no hay cosa de menor estimación! (S. Bernardo). El tiempo es el camino

de la eternidad... y no se anda más que una vez. Y así cada momento es de suma importancia. Todas las cosas pueden encontrarse con el tiempo, pero una vez perdido el tiempo, no hay remedio. Es tan precioso el tiempo, que no nos es dado sino minuto a minuto, y nunca dos a la vez (Fenelón). Tratad de aprovechar el tiempo porque es la tela de la que se compone la vida (Franklin). El tiempo por último introduce a los mortales en la eternidad, y ésta será feliz o desgraciada según el testimonio que dará el tiempo, bien o mal empleado” (*Manuscritos*, XIII, 417).

Hacia el final de su vida, en 1868, en plena madurez humana y espiritual, Claret publicó el pequeño opúsculo *Aprecio del tiempo y modo de ocuparlo bien*. Escribió: “Todos sabemos que el tiempo se divide vulgarmente en pasado, presente y venidero; pero si bien se examina, solo consta del presente, esto es, del momento actual, porque el pasado dejó ya de existir y no volverá; el venidero no existe todavía, ni sabemos si vendrá para nosotros. No pudiendo, pues, contar ni con uno ni con otro, solo nos resta el presente, y este es tan fugaz, que ni nombrarlo podemos sin que se nos escape para siempre. **¡Oh, cuánto debemos apreciar el tiempo!...**” (*Aprecio del tiempo y modo de ocuparlo bien*, Barcelona 1900, 4).

Expresó el buen uso del tiempo con dos comparaciones. La primera: “En el aprovechamiento del tiempo has de portarte como en su arte **el platero**, el cual aprovecha los más pequeños fragmentos y limaduras porque son oro y plata, metales los más preciosos. No imites al sastre ni al zapatero, que los más pequeños

retazos de sus materias los echan al basurero, porque no tienen valor ni son de utilidad alguna” (Id., 7).

La segunda: “**Nuestro entendimiento y nuestra voluntad** están siempre en ejercicio, como **las dos muelas de un molino** que siempre está funcionando. Si a esas muelas se les echa paja, la molerán sin duda; pero será tiempo perdido el de la tal moltura porque el polvo que resultará de la paja será un polvo enteramente inútil; lo contrario sucederá si se les echa buen trigo, pues este dará excelente harina, con mucha ventaja y provecho del molinero. Ahora, pues, cada uno de nosotros es, digámoslo así, como el molinero de ese molino de dos muelas, que son el entendimiento y la voluntad y que están en actividad incesante. Si cada cual procura y tiene buen cuidado de emplear su entendimiento en pensar en Dios y su voluntad, en amarle... ¡Oh, qué utilidad reportará de las muelas de su molino! Mas, si en vez de pensar en Dios y en amarle, se ocupa en la paja de las cosas de la tierra, no le resultará provecho alguno y perderá miserablemente su tiempo” (Id., 22-23).

Claret se dio cuenta de que apostólicamente para aprovechar más el tiempo, dada la inmensidad de la misión que había que llevar a cabo, **necesitaba de otros peregrinos** con los cuales caminar juntos.

2.2. Peregrino con otros peregrinos

Hoy, 16 de julio, celebramos los 171 años de la fundación de la Congregación de Misioneros en esta ciudad de Vic. Incluso, más o menos, estamos en la hora en la que

empezaron la primera reunión de sus Ejercicios Espirituales, en la que Claret, en un cierto momento, expresó: “**Hoy se comienza una grande obra**” (J. CLOTET, *Vida edificante...*, 252). Esta noche haremos un rato de oración desde la misma celda de la fundación.

Todos experimentamos los aspectos positivos y las dificultades que pueden surgir compartiendo tiempo y misión con otros peregrinos. ¿Quiénes fueron **los peregrinos que se unieron a Claret el día de la fundación**? Vamos a recordarlos brevemente.

El P. Esteban Sala (1812-1858). Fue el primero de los cinco cofundadores que entró en contacto con Claret, cuando este dio la segunda tanda de Ejercicios Espirituales a sacerdotes en Gombreny (agosto de 1843). Quedó tan impactado por la figura de Claret que, desde aquel momento, se convirtió en uno de sus colaboradores incondicionales. Ya figura en la lista de miembros de la *Hermandad Apostólica* fundada por Claret a finales de 1846. Estaba adornado de dotes físicas y morales extraordinarias. De gran talento; ciertamente el más culto del grupo y también humilde, manso y sencillo. Sucedió al Fundador como Superior de la Casa-misión de Vic y cuando aquel volvió para ser confesor de la Reina lo propuso para ser su sucesor en Cuba: “A mí me ha parecido el más a propósito, ya por sus prendas personales, ya por ser él de un mismo espíritu que yo” (*Carta a D. Antonio Barjau*, en EC, I, 1489). La gente le llamaba *l'hereu*, es decir, el heredero porque era apostólicamente el más parecido a Claret. Durante los ocho años en que fue el

Director de aquella Casa-misión, supo, en circunstancias sociopolíticas extremadamente difíciles, mantener al grupo cohesionado y transmitirle el espíritu apostólico de Claret, al cual la mayoría en realidad lo habían conocido muy poco. Gestionó la primera fundación fuera de Vic, en Gracia (Barcelona), pero falleció antes, en 1858.

El P. José Xifré (1817-1899). No fue compañero de Claret en ninguno de los proyectos previos a la fundación; al contrario, predicaba e incluso tenía intención de fundar una congregación. Fue el obispo de Vic, Luciano Casadevall, quien, al enterarse de su propósito fundacional, le aconsejó unirse al grupo que Claret estaba a punto de comenzar. Fue un hombre enérgico, rectilíneo y firme; al mismo tiempo, generoso, de grande fe y enamorado de la Congregación y de la Iglesia. Sucedió al P. Sala como Superior General durante más de 41 años. Quizás podríamos decir que fue como una especie de san Pablo en la apertura y expansión de la Congregación; de hecho, la tomó con 13 miembros y una sola casa y acabó con más de 1.400 miembros y más de 60 casas en tres continentes. En su funeral, el P. Martín Alsina leyó una hojita titulada *Último despido*: “Mi muy querida Congregación: Te he amado cuanto he podido hasta el fin, y no te olvidaré en la eternidad. He vivido exclusivamente para Ti, sin perdonar sacrificios ni peligros. Sin embargo, como hombre miserable y muy defectuoso, no pocas veces habré desedificado y ofendido varios individuos. Eso es lo único que siento, lo que deploro. A todos pido perdón y espero obtenerlo, como yo a todos perdono, amando a

todos en Dios, como yo me amo a mí mismo. Rogad por quien os amaba, aplicadle alguna indulgencia plenaria, y os lo agradecerá quien se llamaba José Xifré” (cf. Anales 7 (1899) 252).

El P. Manuel Vilaró (1816-1852). Fue el cofundador que más tiempo convivió con Claret. Ya en su segunda campaña misionera en pueblos del arzobispado de Tarragona (finales de 1846 e inicios de 1847), aparece como el único sacerdote que acompañó a Claret en misiones. Figuraba en la lista de miembros de la *Hermandad Apostólica* fundada a fines de 1846. Después, reapareció en 1849 para la fundación de la Casa-misión de Vic, donde convivieron un año largo hasta que Claret se lo llevó a Cuba, donde fue su secretario. Según Claret, era “bastante instruido, virtuoso y muy celoso; trabajó muchísimo” (Aut 592). Enfermó gravemente de tuberculosis pulmonar. Claret le mandó volver a la Península. A instancias de su familia, se hospedó en su casa paterna y no en la de la comunidad, para evitarles el tener que cuidarle, ya que eran pocos y estaban muy ocupados. Pero ellos le visitaban diariamente, sobre todo los PP. Sala, Xifré y Clotet; y expiró en los brazos de este último. Claret sintió mucho esa pérdida irreparable y escribió al padre del difunto dándole el pésame y prometiéndole su ayuda. En aquella misiva le decía entre otras cosas: “Bien sabe usted lo mucho que le quería y las pruebas de amor que le había dado” (EC, I, 708).

El P. Domingo Fábregas (1817-1895). Lo encontramos también en la lista de miembros de la

Hermandad Apostólica, junto con los PP. Sala y Vilaró. Fue un hombre de buen talento y espíritu apostólico. Su salud física fue siempre frágil; no obstante, se dedicó a dar misiones y ejercicios e incluso se le consideró el mejor catequista de la Congregación primitiva. Fue consultor general y superior de varias comunidades. Falleció en Solsona, en 1895. Dejó una obra inédita curiosamente titulada: *Tesoro de alegría, paz y consuelo que se encierra en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Salvador de los hombres*.

El P. Jaime Clotet (1822-1898). Fue el más joven del grupo y, junto con el P. Xifré, no habían pertenecido a ninguno de los grupos promovidos por Claret. Un hombre de buen talento y carácter. Resalta de una manera peculiar en su variado apostolado, su dedicación a la catequesis de sordos. Dada su tendencia a la interioridad, como dijo san Juan Pablo II, al declararle Venerable en 1989: “Su misión en el Instituto se puede resumir así: firme defensor de la vida interior en un Instituto intensamente apostólico”. Durante 30 años fue Subdirector General y, luego, Secretario General; junto con el P. Xifré fueron dos figuras diferentes y complementarias. Convivió poco tiempo con el Fundador, pero fue el que más lo admiró y se dedicó, desde muy pronto, a recoger muchísimos materiales para su beatificación; y tuvo la dicha de ser su compañero en el momento de la muerte. Por su parte, Claret le correspondió con un grandísimo afecto. Escribió dos biografías del Fundador, una breve, publicada en 1882, y otra más

amplia, de casi mil páginas, que salió a la luz finalmente en el año 2000.

Hemos visto quiénes eran **los peregrinos que comenzaron la llamada *grande obra* con Claret**. Ellos no se amilanaron frente a las dificultades personales y ambientales e hicieron que sus diferencias se convirtieran en enriquecimiento para la misión. A ellos hay que añadir **una gran multitud de peregrinas y peregrinos** que a lo largo de la historia vamos compartiendo el seguimiento de Jesús al estilo de Claret.

2.3. Hacia el final de la peregrinación

En el último tramo de su peregrinación, Claret, por una parte, no perdió su empuje misionero, pero, por la otra, fue perfectamente consciente de que era un hombre anciano para la época, maltrecho de salud y que, por lo tanto, estaba acercándose a la meta, tal como testimonió D. Juan Navello, a propósito de su encuentro con Claret en Roma, en 1870: “Él me dijo que su carrera había concluido, que deseaba ver a Dios cara a cara” (cf. F. AGUILAR, *Vida del E. I. D. Antonio María Claret*, 425).

El empuje misionero del Apóstol aparece en dos frases que lo describen de cuerpo entero. La primera, escribiendo al P. Xifré desde Roma en noviembre de 1869: “En América hay un campo muy grande y muy feraz... esta parte del mundo es como una viña vieja que no da mucho fruto y América es viña joven... Yo estoy ya viejo, pues cumpliré por Navidad 62 años y más que [esto], la quebradura me desanima, pues que basta que cambie el

tiempo que me hallo fatalísimo; pues que si no fuera esto, **allá volaba**, y mientras que allá no voy, paso al Colegio de los Americanos que está en esta de Roma para clérigos...” (EC, II, 1430-1431). Claret no solo animó al P. Xifré a enviar a sus misioneros a América, a donde él hubiera querido ir volando, sino que él mismo de alguna manera se sintió ya en América yendo a predicar a los futuros clérigos de aquellas tierras.

La segunda frase la encontramos en una carta del P. Clotet al P. Xifré del 20 de octubre de 1870: “Un día por la noche me hizo una pregunta que me llamó la atención: *¿Iréis, me dijo, a los Estados Unidos?*; *Lo hablaré con el Señor Superior, le contesté...*” (AEC, 870). **Cuatro días antes de morir** y en uno de sus últimos momentos de lucidez, Claret **estaba pensando en la expansión de su Congregación por nuevas tierras.**

Hay una frase enigmática que Claret escribió en los Ejercicios de 1868: “**Me acordaré de esta verdad: dos años y diez meses**” (AEC, 721). Y en los Ejercicios del año siguiente, que fueron los últimos de su vida, volvió a escribir: “Me acordaré continuamente de dos años y diez meses” (AEC, 725). Claret no explicó el alcance de estas lacónicas palabras, pero se trata sin duda de una expresión que hace suponer alguna revelación precisa y concreta de su cercana muerte. Si *esta verdad*, como él la llama, le fue sugerida, al principio de 1868, indica exactamente el plazo de vida que aún le concedía Dios. De hecho, en los Propósitos de 1867 no aparece esta frase; en cambio, en los

de 1868 y 1869 se repite tal cual; luego, tuvo que haber sucedido entre los de 1867 y 1868.

Sabemos que en diciembre de 1867 estuvo muy grave, tal como se lo comunicó al P. Xifré en una carta del 12 de diciembre: “Deseo que Usted y todos los de la Congregación celebren las fiestas de Navidad del Señor con alegría y aumento de gracias. *Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y **el momento de mi partida es inminente*** (2Tim 4,6), por Navidad cumpla los 60 años, los achaques se me van aumentando y los deseos de ir al cielo también; con todo hágase la voluntad de Dios” (EC, II, 1230). Pocos días después, el 23 del mismo mes, el día que cumplía los 60 años, explicó al P. Xifré: “Gracias a Dios ya me hallo mejor. **Tres enfermedades a la vez me han atacado de frente**: la quebradura de un modo atroz..., luego una paralización de manos y brazos, como una amago de apoplejía y finalmente un dolor muy fijo y muy recio al lado izquierdo bajo; así es que me creía que el Señor se me quería llevar por momentos, yo estaba muy contento en medio de mis dolores...” (EC, II, 1233).

A partir de este momento, fue sintiendo que **su peregrinación estaba llegando a la meta**. Claret estaba haciendo un balance de su vida. En la carta a D. Paladio Currius del 2 de octubre de 1869, escribió: “Yo he sufrido más de lo que acostumbro. Tengo ganas de morir... Me parece que ya he cumplido mi misión. En París, en Roma he predicado la ley de Dios: en París como la capital del mundo y en Roma capital del catolicismo; lo he hecho de palabra y por escrito. He observado la santa pobreza...”

(EC, II, 1423). Es **el balance de un apóstol** que había concentrado toda su energía y su tiempo solo en lo que comprendió que era su misión.

Los dos últimos propósitos escritos de su vida, que figuran en el papelito titulado *Obsequio*, que escribió en Roma el día de la Ascensión, 26 de mayo de 1870, cinco meses antes de morir, son: “... *Deseo la muerte para estar con Cristo* (Flp 1,23)... Tengo que ser **como una vela** que arde, gasta la cera y luce hasta que muere. Los miembros gustan de unirse a su cabeza, **el hierro al imán**, y yo a Jesús deseo unirme en el Sacramento y en el cielo” (AEC, 730). El Apóstol deseaba arder como una vela iluminando hasta la muerte; y al mismo tiempo iba creciendo su anhelo de unirse a Cristo como el hierro al imán.

2.4. Nosotros, peregrinos en nuestro tiempo, al estilo de Claret

En esta meditación hemos hablado de tres cosas: el aprecio del tiempo, la colaboración y la meta final.

La vida de Claret nos interpela: gastó todo su tiempo en Dios y en la misión que Él le encomendó. Una de las mayores tentaciones que nos acecha es la de vivir **dispersos y fragmentados**, con muchos frentes abiertos a la vez. ¿Podemos decir que realmente Dios y la misión son el polo central de nuestra vida o una entre muchas cosas que pensamos y hacemos? ¿Dios es la meta o es una excusa para nuestra propia autorrealización al margen de Su proyecto? ¿Es Él el centro de todo o un elemento más y a ratos? ¿No será que a veces en el fondo

tendremos una fe débil? Claret se valió de todos los medios que le ofrecía su tiempo para evangelizar; ¿nuestra fascinación por los medios tecnológicos actuales son una finalidad que simplemente consumimos y nos distraen o un medio auténtico para la meta de evangelizar? ¿Experimentas en ti lo que dijo Jesús según san Pablo: “hay más felicidad en dar que en recibir” (Hch 20,35) y que “Dios ama al que da con alegría” (2Cor 9,7)?

Claret contó siempre con compañeros y compañeras de misión. Su testimonio interpela nuestra actual tendencia al individualismo y desenmascara el uso de la actividad para la autopromoción. **Caminar con otros peregrinos nos ayuda** a descentrarnos de nosotros mismos y a centrarnos en el único proyecto de la misión. Las inevitables diferencias personales, generacionales y culturales, e incluso conflictos, son llamadas a la apertura, a la corresponsabilidad y al mutuo enriquecimiento.

Claret se iba acercando a la meta de su peregrinación satisfecho de lo vivido y anhelante del encuentro definitivo. ¿Anhelamos dicho encuentro o no pensamos en él o incluso lo tememos? ¿Vivimos distraídos y fascinados en el presente o dejamos que la luz de la eternidad ilumine nuestra cotidianidad apostólica? Claret, a pesar de las dificultades, persecuciones y enfermedades, fue profundamente feliz porque tenía la mirada fija en el Cristo evangelizador, atento a la voluntad del Padre, y nos invita a apostar, dentro de nuestras circunstancias, por **una vida apostólica plena de sentido**.

3. Pistas para el tiempo personal

1. Relee y reflexiona los textos de Claret que hemos ido citando a lo largo de la meditación.
2. **Sobre tu aprecio del tiempo:** Claret dedicaba horas a la oración y al estudio precisamente para dar profundidad y fecundidad a su trabajo apostólico. ¿Qué profundidad tiene tu vida o te dejas llevar por la superficialidad? ¿Cómo empleas tu tiempo día a día o tienes la sensación de desperdiciar este don de Dios?
3. **Sobre tu peregrinación con otros:** ¿Tus compañeros o compañeras de peregrinación son realmente parte fundamental de tu vida, o realidades accesorias que evitas o utilizas? ¿Fomentas o haces difícil la fraternidad? ¿Sus vidas son parte de tu vida, que te enriquece humana, espiritual y apostólicamente?
4. **Sobre la meta final:** ¿Eres feliz con tu misión apostólica o es simplemente un aspecto más de tu vida? ¿La meta final de la vida te estorba o te espanta y tratas de evitarla, o te ilumina e ilusiona?
5. En un momento de oración, da gracias a Dios por el don del tiempo que te concede y pídele que sepa vivirlo en plenitud gastándolo a favor de la misión.

Carlos Sánchez Miranda, CMF